

Violant Porcel: «De Llull al surrealismo», *La Vanguardia. Culturas*, 26 de octubre de 2005, p.19

Durante mucho tiempo al pensar en Josep Maria Subirachs (Barcelona, 1927), se nos aparecía la imagen del escultor batallando con alguna de sus dramáticas e imponentes, pero también discutidas, figuras en la Sagrada Familia, una titánica labor que le ha tenido casi veinte años vinculado al templo y que está a punto de ser culminada. Ahora, lejos de la escultura pública, el artista nos sorprende con una exposición intimista de acrílicos sobre madera, una nueva técnica en su dilatada producción y que quizás da paso a otro estadio en su trayectoria, cuyos inicios estuvieron marcados por aquel rugoso y dramático expresionismo.

Aún así, Subirachs retoma su habitual mundo de símbolos, que desde los años 60 hallamos en sus tallas, en sus dibujos y grabados, en el que se suceden rotundas pirámides, sutiles apariciones de árboles, alusiones a la mitología sobre todo griega, gráciles siluetas femeninas, las cuales en este caso se insertan en espacios desolados, cercanos a la poética metafísica de De Chirico (1888-1978), con arquitecturas vacías de cualquier contenido humano e impregnadas de una atmosfera melancólica. En definitiva, la recreación de un mundo entre clásico y visionario. Y es que en las pinturas del italiano, como en las de Subirachs, emerge el paso que nos sustenta unido al misterio que trae consigo y que proviene de lo inescrutable que subyace en la historia, ese destino al fin ignoto e implacable que nos rige, pese a que lo identifiquemos claramente en su superficie, con lo que una pirámide será una forma concreta y plagada de resonancias culturales, pero también un signo enigmático, acaso amenazante.

Y todo ello se encuentra arropado por una estética teatral, como de tragedia ática en un doble sentido: el de sus orígenes con su furioso contenido y el de una interpretación que podríamos llamar neoclásica, racionalista. Un buen ejemplo en su obra *El tron d'Èdip*, en la que aparece una escalera que conduce a la vez hacia las alturas y hacia el abismo o la nada, una presencia espectacularmente diseñada. Elemento éste de la escalera que se repite en otras imágenes: en una se dirige a un laberinto, símbolo aquí de la más alta o enaltecida meta, y en otra desciende hacia un subterráneo, una tumba, un espacio de ahogo.

En la pintura de Subirachs se impone sin duda la faceta de escultor. Las estructuras, macizas, son las que elaboran estos espacios de una gran rigidez, tamizada a veces por las cálidas texturas de colores tierra que se dibujan en los muros y que les imprimen una cierta vida. Esta severidad geométrica, sin embargo, se conjuga con un vasto hálito de espiritualidad que late en mayor o menor grado a lo largo de su producción y le acerca a una concepción luliana

del mundo, a una trascendencia ligada a la matemática. Otro pensador religioso y también ascético, Pascal, dividía el espíritu humano en dos ramas, una de ellas era la geométrica y la definía como de maneras duras e inflexibles y provista de principios muy palpables pero alejados del uso que comúnmente se les aplica. Lo cual podría aplicarse igualmente a la creación de Subirachs.

Los diálogos con la historia del arte son constantes en la obra de este artista catalán, en especial con los mantenidos con los maestros del Renacimiento, a los que remite su precisión y su universo ideal y erudito cercano a un neoplatonismo. Pero esta obra a la par se acerca al surrealismo, que infunde una pátina onírica a los cuadros y los conecta con nuestros impulsos esenciales.